

casta ó inocente. *Prium quidem pudica.* No conoce mas reglas legítimas que las que le permite la conciencia y aprueba la religion; no se vale de los delitos para conseguir sus fines, y qualquiera prudencia incompatible con la salvacion la tiene por locura. Al contrario la del pecador, es corrompida y culpable, y hace traicion á su conciencia por conseguir sus fines. En nada tiene los delitos ó los pasos ilegítimos, con tal que le conduzcan al fin; busca el buen éxito aun á costa de su alma, y cuanto le puede ser útil, luego lo juzga inocente.

En segundo lugar, la prudencia del fiel es tranquila y amiga de la paz. *Deinde quidem pacifica.* Sus medidas siempre son pacíficas, porque siempre las sujeta á la voluntad de Dios. No desea las felicidades sino en cuanto son del agrado de Dios, y en las precauciones que toma, mas intenta agradar á Dios, que se las ordena, que darse satisfaccion á sí mismo. Al contrario la del pecador, siempre está inquieta porque nunca se somete; pone su felicidad no en el orden de Dios, sino en el acierto de sus medidas; espera la paz, no de su sumision, sino del suceso, y su misma prudencia es el origen de sus pèsares é inquietudes.

En tercer lugar, la prudencia del fiel es modesta. *Modesta.* Se aparta de proyectos ambiciosos, solo intenta los fines que son conformes á su estado; sabe poner límites á sus deseos; no tanto piensa en elevarse como en ser útil, y su moderacion es el tesoro de donde saca la raiz de la paz y la seguridad de su inocencia. La del pecador es insaciable, continuamente toma nuevas medidas, porque siempre está formando nuevos proyectos. Su ambicion no conoce límites; tiene por conveniente todo lo que le agrada; los mas peligrosos puestos no le atemorizan; el único peli-

gro que teme es el mal suceso de sus medidas, y no le da cuidado el exponer su salvacion con tal que asegure su fortuna.

En cuarto lugar, la prudencia del fiel es humilde y dócil. *Suadibilis.* Siempre desconfía de sus propios talentos; mas fia en los socorros del cielo que en todas las medidas de la prudencia humana, y sin ser negligente lo espera todo de solo Dios. Al contrario la del pecador, está llena de soberbia, no cuenta mas que con la debilidad de sus medidas, confía en su propia prudencia, espera de sus cuidados la felicidad, y obra él solo como si no hubiera Dios que se mezclase en los negocios de los hombres.

En quinto lugar, la prudencia del fiel no es sospechosa. *Non judicans.* No busca su seguridad en la desconfianza continua de sus prójimos; cree el mal con dificultad; mas quiere caer en sus lazos que juzgar temerariamente de sus intenciones y pensamientos. La prudencia del pecador solo halla su seguridad en sus sospechas y en sus desconfianzas. Como su corazon está corrompido, todo le parece corrupcion y doblez en los demás; mira á todos los hombres como á sus enemigos; sospecha el mal en donde no le ve; se persuade á que para juzgar con seguridad, es necesario juzgar mal de sus prójimos, y toda su prudencia se reduce á suponer en todos los hombres todo aquello de que es capaz él mismo.

En sexto lugar, la prudencia del fiel no tiene ficciones, *sine simulatione.* No pone su habilidad en sus artificios; como no quiere engañar no necesita de fingir, y toda su habilidad consiste en su candor y sinceridad. Al contrario la del pecador, es un perpetuo doblez; sus labios contradicen siempre á su corazon; su semblante es siempre la contradiccion de sus pensamientos; cree que su talento crece

á proporcion de su falsedad. Toda su vida no es mas que un cúmulo de ruindades y mala fe, y su prudencia le hace padecer una continua fatiga, porque siempre le están precisando á fingir.

Finalmente, la prudencia del fiel está llena de misericordia y de frutos de buenas obras. *Plena misericordia, et fructibus bonis.* Junta á los medios humanos las prácticas de la virtud y los socorros de la oracion: asegura la felicidad de sus medidas con la abundancia de sus liberalidades y con los méritos de la misericordia, y en las obligaciones de la religion halla los principales arbitrios y el único apoyo de su fortuna. Al contrario el pecador, mira á la piedad como obstáculo para su elevacion, huye de las máximas de la religion como incómodas á su fortuna, y si alguna vez recurre á las apariencias de la virtud, es para abusar de ella y hallar un camino mas seguro para conseguir lo que desea.

Tambien, continúa el apóstol de quien he sacado estos caractéres, la prudencia del fiel es una semilla y un continuo manantial de paz en su corazon. *Fructus autem justitiæ in pace seminatur, facientibus pacem.* Pero la prudencia del siglo, que no viene del cielo, sino de la corrupcion del pecador y del desórden de sus pasiones, es una continua revolucion de temores, de deseos, de pesares, y como es la obra de sus pasiones, nunca podrá ser mas tranquila que sus pasiones mismas: *Non enim ista sapientia desursum descendens a Patre luminum, sed terrena, animalis, diabolica.*¹

La segunda raiz de las inquietudes humanas son los sucesos presentes y lo que todos los dias pasa á nuestra vis-

ta. Casi nunca nos sucede cosa alguna segun nuestros deseos; lo que amamos nos abandona, lo que deseamos huye de nosotros, y siempre nos sucede lo mismo que tememos. Nunca somos felices en todo; si la fortuna nos halaga, la salud nos abandona; si gozamos salud, nos falta la fortuna; si el favor del príncipe nos eleva, la envidia del cortesano nos deshonra y desautoriza; si nos perdona la envidia y podemos contar con los votos del público, el soberano nos desprecia; finalmente, en cualquiera situacion que nos hallemos siempre falta alguna cosa á nuestra felicidad, y lo peor que tiene el hombre es, que un solo pesar puede mas para con él que mil placeres, y lo que le falta, por poco que sea, emponzoña todo cuanto posee.

Pero una alma fiel halla, como hoy María, en una sumision absoluta á las órdenes de Dios, un alivio siempre pronto á los estorbos de su presente situacion. En las ideas de Dios para con la Señora todo era incomprendible; la humildad de su Hijo y la futura grandeza que la anuncian, la espada que habia de atravesar su corazon, y todas las naciones que no obstante eso la habian de llamar feliz, el desprecio de que se ve cercada y los grandes sucesos que la esperan. Pero la voluntad de Dios es la única solucion de sus dudas y el mayor consuelo de sus penas.

Sí, católicos, la causa de que la sumision á la voluntad de Dios sea de tanto consuelo aun en medio de las mayores adversidades en que nos coloca, es primeramente el ser la voluntad de un Dios omnipotente á quien todo es fácil, dueño de los sucesos, que con una sola mirada puede acabar todas nuestras penas, para quien nada es difícil y solo con que él lo diga quedan hechas todas las cosas. ¡Oh! los hombres á quienes nos entregamos no nos podrán sacar de los enredos y peligros en que nos empeñan. Todos los dias

vemos á los amadores del mundo caer con sus protectores y con aquellos apoyos de carne y sangre en quienes ponen una vana confianza; semejantes, dice el profeta, á aquellos que buscan un débil asilo contra la pared de barro ya inclinada y pronta á caer, que tarde ó temprano quedan sepultados en sus ruinas: *Tanquam parieti inclinato, et macerie depulsa*.¹ Infinitas circunstancias hay en que los hombres con todo su poder nada pueden hacer por nosotros; á lo menos nunca podrán hacernos mas felices que ellos, y como ellos nunca son enteramente dichosos, no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya, ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer por sí mismos.

Pero el gran consuelo para una alma sujeta á Dios es el poderse decir á sí misma: Dios es bastante poderoso para sostenerme; nada aventuro en dejarle obrar; tiene remedios para todas mis necesidades; lo que á los hombres parece desesperado es fácil á su poder; quiere que esperemos contra la misma esperanza, y cuanto mas inútiles parecen los socorros humanos, mas bien acude á socorrernos, para acostumbrarnos á que todo lo esperemos de él y á no poner nuestra confianza en los hombres.

En segundo lugar, nos sometemos á la voluntad de un Dios sábio que tiene sus eternos fines en los sucesos que nos proporciona, que ve las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca, que nada hace por acaso, y conoce los sucesos aun antes de tomar las medidas. ¡Ah! Nosotros podemos inquietarnos acerca del estado que nos proporcionamos nosotros mismos, porque no nos conocemos bien para poder determinar lo que nos conviene; y por lo

¹ Psalm. 61. v. 3.

comun en nuestras elecciones mas consultamos los intereses de nuestra pasion que los de nuestra alma; pero lo que consuela á una alma fiel sujeta á Dios, es la sabiduría del mismo Señor en quien pone su confianza. Dios tiene sus razones, se dice continuamente el alma fiel, para colocarme en estas circunstancias, y aunque yo no las conozco, no por eso son menos justas y adorables. Yo no debo medir sus incomprensibles fines con mis luces flacas y limitadas. Es verdad que yo no veo adónde pueda conducirme por los caminos por donde me lleva; pero una vez que su mano es quien me los franquea, no hay mas que caminar sin temor. Muchas veces guia hácia la tierra de promision por los rodeos penosos y áridos del desierto, y casi siempre nos oculta sus fines por dejarnos entéro el mérito de la sumision y de la confianza.

Finalmente, no solo porque nos sometemos á la voluntad de un Dios poderoso y sábio, sino tambien de un Dios bueno, compasivo y misericordioso, que nos ama y no quiere mas que nuestra salvacion. Los hombres muchas veces fingiendo favorecernos, solo intentan dañarnos; en tanto nos estiman en cuanto les somos útiles; mas bien quieren aprovecharse de nosotros para su felicidad que hacernos dichosos.

Pero Dios solo intenta nuestra salvacion; cuanto quiere en orden á nosotros, no lo quiere mas que para nosotros. Solamente nuestros intereses eternos reglan sus pasos en orden á nosotros; si nos castiga es por salvarnos, si nos humilla no intenta mas que nuestra salvacion, si nos eleva nuestra salvacion es quien le mueve; finalmente, en cualquiera situacion que nos coloque, siempre es padre que nos guia, amigo que nos gobierna, protector que nos ampara, guia que nos dirige y enseña los caminos. ¡Ah, católicos!

nosotros nos tenemos por muy seguros cuando nuestros intereses y nuestra fortuna están en manos de un amigo fiel á quien por mucho tiempo hemos experimentado y de quien nos fiamos como de nosotros mismos; no queremos ni aun informarnos de las razones que tiene para valerse de los medios que usa para servirnos; aprobamos cuanto hace, nos conformamos y nos parece que nos conviene. Pues este es el consuelo de una alma fiel que ha puesto su suerte en las manos de Dios; no examina las razones que puede tener su bondad paternal en las diversas circunstancias en que la coloca; le basta el saber que es un Dios en quien todas las ideas están llenas de bondad y de misericordia para con sus criaturas, un padre que solo desea la salud de su hijo, un amigo cariñoso y fiel á quien nada mueve tanto su corazón como los intereses de su amado. ¡Qué estado, católicos! ¿Hay en la tierra otro mas apetecible para la criatura? Y aun cuando no se hallara en la religion mas que esta sola utilidad, ¿no seria la eleccion del justo y del fiel la mas feliz y la mas razonable que puede escoger el hombre en la tierra?

Finalmente, los disgustos de lo pasado son el último manantial de las inquietudes humanas. No nos acordamos de los molestos sucesos de nuestra vida sino con unas tristes representaciones que emponzoñan la memoria. Nuestras pasadas pérdidas nos atormentan aún con las inútiles reflexiones acerca de las medidas que pudiéramos haber tomado para evitarlas; continuamente nos estamos acusando de haber sido nosotros mismos los autores de nuestra desgracia, continuamente nos estamos diciendo que si hubiéramos tomado tal ó tal precaucion nos hubiéramos ahorrado muchas lágrimas y pesares; añadimos á nuestras desgracias la de atribuir las á nuestra inconsideracion; después

de hecho el daño nos representamos como muy fáciles los medios de evitarle, para sentir mas vivamente la pena de haber caido en él; y en vez de contemplar en esto la sabiduría y voluntad de Dios que lo gobernaron todo y que debieran hacernos olvidar nuestras penas, no miramos en ellas mas que nuestros engaños, los que aumentan nuestros pesares y hacen que sean eternos nuestros trabajos.

En esto nos sirve tambien de ejemplo la sumision de María. En todos los sucesos de su vida pasada no mira mas que á Dios; en la embajada del ángel, en el prodigio de su parto, en la fe de los pastores, en la adoracion de los Magos, contempla, dice el Evangelio, y conserva en su corazón todas estas maravillas y toda la pasada conducta de Dios para con ella; la esperanza y el lenguaje profético de la santa viuda Ana y del justo Simeon la acuerdan todo cuanto el Señor habia hecho hasta entonces por ella y por aquel Hijo: *Conferens in corde suo*. En todas estas ocasiones nada ve humano, sino todo divino; y no pudiendo dudar que sola la mano del Altísimo la habia gobernado hasta entonces, no halla dificultad en persuadirse que es la misma quien la guia al templo á sujetarse al sacrificio y á la humillacion que la pide.

Esta, católicos, es la gran ciencia de la fe; lo pasado debiera servirnos de una instruccion continua, en que debiéramos estudiar las disposiciones y voluntad adorable del Señor acerca del destino de los hombres; debiéramos acordarnos continuamente de cuanto hemos visto suceder, particularmente en la corte donde vivimos, y que es como el teatro de las revoluciones humanas; tantas mudanzas repentinas, tantas muertes terribles y no esperadas, los accidentes tan funestos, las prosperidades ó desgracias del Estado, la elevacion ó caida de los que ocupaban los prime-

ros puestos; en fin, tanta variedad en el favor, en la fortuna, en la estimacion, en la decadencia ó aumento de las familias: debiéramos acordarnos de esto solamente, vuelvo á decir, para ver en todo ello la sabiduría de Dios, que continuamente se burla de las pasiones humanas, y eleva ó trastorna en un instante para darnos á conocer la fragilidad de cuanto sucede, y enseñarnos que toda la sabiduría humana no podrá librarnos del menor contratiempo, y que no hay consejo contra los consejos de Dios.

Con todo eso, la memoria de lo pasado, en vez de instruirnos nos engaña; no sirve mas que de despertar en nosotros pasiones injustas; nos acordamos de la caída de aquellos á quienes vimos á la frente de todos los negocios, y eran los árbitros de la fortuna del público, y esta memoria en vez de desengañarnos de cuanto hemos visto desaparecer y eclipsarse en un instante, y enseñarnos que nada son las prosperidades temporales si no se immortalizan usando de ellas cristianamente, mas sirve de avivar nuestra ambicion con los obstáculos que siempre habia opuesto á nuestra fortuna su grande autoridad, que de instruir nuestra fe con la inconstancia que lo ha trastornado todo en un instante. Finalmente, en ninguna parte contemplamos á Dios; todo pasa, todo desaparece, todo huye de nuestra vista; se levanta insensiblemente un nuevo mundo sobre las ruinas del que vimos cuando venimos á él; se manifiesta una nueva corte en lugar de la que habiamos visto en nuestros primeros años; han aparecido en el teatro nuevos personajes; continuamente se observan en el universo nuevas escenas; nos hallamos casi solos y extranjeros en medio del mundo y entre los hombres á quienes hemos visto nacer, y separados de aquellos con quienes habiamos vivido al principio; todo huye, todo desaparece, todo corre rá-

pidamente á precipitarse en la nada. Y en medio de estas revoluciones continuas, en que solo Dios, que no se muda, parece tan grande; en que solo Dios, que mudando continuamente la cara del universo, siempre permanece el mismo y se manifiesta tan digno de nuestros respetos, no le vemos, nunca levantamos la consideracion hasta él, nos mantenemos entre las ruinas de un mundo que ya está medio deshecho entre nuestras manos, nos divertimos en nuestra idea con lo que ya pasó, tenemos por realidad lo que ya no existe, nuestros primeros años manchan aún nuestro corazon con ideas lascivas é injustas, hacemos revivir continuamente los delitos de nuestros dias ya pasados, nos parece que nos falta tiempo para ofender á Dios, excitamos sin cesar dentro de nosotros las imágenes que renuevan nuestros pasados delitos; esto es, hacemos que nuestra vida sirva dos veces á la culpa, sin haber servido ni un instante á la virtud. De este modo lo pasado, en vez de desengañarnos é instruirnos, nos inficiona y engaña; no vemos en ello mas que las revoluciones humanas, no elevamos á mas nuestra consideracion, y vivimos como si el universo se gobernara por acaso, y como si no hubiera mas razon de lo que en él sucede que el mismo suceso.

¡Ah, católicos! los patriarcas, cuya vida era tan dilatada, no se ocupaban mas que en meditar en los grandes sucesos que les habian acaecido en su larga vida, en las maravillas del Señor y en el orden de su adorable voluntad; se acordaban de los diferentes caminos por donde los habia conducido su sabiduría; admiraban en ellos las infábiles disposiciones de su Providencia; este era el libro en que continuamente estudiaban las grandezas de Dios y sus misericordias para con las criaturas; este era el mas suave consuelo de su peregrinacion; miraban á Dios en todas las